

Giulia, 14 años. Su enfermedad: un himno a la vida.

Falleció en la noche del Vía Crucis de la JMJ

“No tengo miedo, voy hacia el Señor: un final bonito”.

“A los jóvenes que quiren vivir sin Dios les digo: están haciendo una búsqueda del tesoro sin tesoro”

Ésta es la historia de Giulia Gabrieli, 14 años, enferma de tumor. Hay que saber ya desde ahora que Giulia lo logró. Es verdad, no se curó: murió en la noche del 19 de agosto, en su casa, en el barrio San Tomaso de' Calvi, en Bérgamo (Italia) precisamente cuando se estaba concluyendo el Vía Crucis de los jóvenes de la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid. Sin embargo lo logró. Transformó sus dos años de enfermedad en un himno a la vida, en una ascensión espiritual que la condujo a un diálogo con su muerte: “yo ahora sé que mi historia puede terminar solamente de dos maneras: gracias a un milagro que me cure por completo, el cual yo pido al Señor porque tengo muchos proyectos que realizar. Y quisiera realizarlos yo misma; sino llegar al Señor, que es algo bellissimo. Ambos son finales bonitos. Lo importante es que, como dice la beata Chiara Luce, se haga la voluntad de Dios”.

Giulia era así: decía estas cosas enormes, que a nosotros los adultos temblorosos nos parecían impronunciables, para la ligereza de sus 14 años. Y sin embargo era una chica normal. Es más, a menudo reivindicaba su normalidad: era bonita, alegre, auténticamente teatral, le encantaba viajar, vestirse bien y adoraba ir de compras. Una explosión de vitalidad refinada que, misteriosamente, la enfermedad no enmudeció, sino que amplificó.



El talento para escribir

Giulia tenía el talento para escribir (dos veces fue premiada en el concurso literario *I racconti del parco - Los cuentos del parque*). Le encantaba inventarse cuentos fantásticos y de aventuras. Por eso comparaba su enfermedad a una aventura. Y pensaba: “el hecho es que la gente le teme a la enfermedad, al sufrimiento. Hay muchos enfermos que se quedan solos, todos sus amigos desaparecen, temerosos. ¡No hay que tener miedo! Si los demás nos acompañan, se acercan a nosotros, nos apoyan una mano en el hombro y nos dicen ‘Vamos, que lo

lograrás’, nos dan la fuerza para seguir adelante. De lo contrario te preguntas: “¿por qué se alejan tanto? Si ellos tienen miedo, entonces tengo que tener miedo yo también... ¿Por qué tendría que luchar para curarme si nadie me acompaña?”.

No sólo conocía perfectamente su enfermedad, sino que había aprendido a distinguir cada medicamento, cada detalle técnico de la quimioterapia. Con su agradable y explosiva personalidad no se guardaba consejos (en realidad éste es un eufemismo, sería mejor decir *instrucciones*) a médicos y enfermeros del sector de oncología pediátrica de Bérgamo. Además añadía su decisivo suero de alegría:

“si tienes la fuerza de pensar: y bueno, voy al hospital, hago una quimio y luego vuelvo a casa, es completamente distinto. Claro, yo también cuando estoy mal me pregunto: ‘¿por qué me pasó esto justamente a mí?’, pero después cuando estoy mejor digo “no importa, ya pasó”. Me río un poco de todo esto”.

Es necesario minimizar la enfermedad

Hay que minimizar la enfermedad, decía siempre Giulia. Y le salía tan bien que pocos días antes de morir obligó a uno de sus médicos, que estaba de visita en su casa, a actuar como “aquella vez que me desmayé y tú me atrapaste instintivamente”. Él tuvo que actuar y dejarse tomar fotos. Esa dramática tarde terminó con una carcajada colectiva.

Sí, eran sus “superhéroes”. Giulia tenía una relación personal, especial, hasta confidencial con cada uno de ellos. Los adoraba, y era recíproco. Y se enojaba muchísimo cuando en la tele se hablaba de “mala sanidad”. “Si prestan atención se dan cuenta de que no hay mucha diferencia entre un superhéroe y un médico. Los superhéroes todos los días salvan la vida a las personas, aunque no las conozcan. Lo mismo pasa con los médicos: sólo que en vez de usar las telarañas como el Hombre Araña o las alas como Batman, usan los medicamentos. Y además, desde un punto de vista humano, nadie les puede ganar”.

*“La gente tiene miedo,
por eso los enfermos
se quedan solos. No
quiero que pase eso”.*

*Luchaba desde hace
dos años contra un
tumor “¿mis médicos?
Son superhéroes”*

Así que pueden imaginarse con cuánto pesar en el corazón un día sus superhéroes le tuvieron que comunicar que la enfermedad no había sido vencida. El tumor, un sarcoma de los más agresivos, contra

el que Giulia luchó tenazmente por un año y que se había reducido, había vuelto a aparecer con más fuerza que antes. Había que comenzar todo de nuevo. En el consultorio, los médicos tenían lágrimas en los ojos, lo cual no será profesional, pero es malditamente humano. No lograban romper el hielo. Entonces Giulia, que como siempre ya había entendido todo, con uno de sus gestos espontáneos y suntuosos, se puso de pie y los abrazó uno a uno (y quien la conoció sabe lo que eran sus abrazos...). Luego dijo: “ya logré afrontar la quimioterapia una vez, lo conseguiré de nuevo”. Vamos, comencemos todo de nuevo”. En resumen, los consoló, ¿entienden?

No obstante, lo repito, Giulia era una chica normal. Por ejemplo, como a todos los chicos de su edad, le encantaba la música. Especialmente un clásico tema de Claudio Baglioni, en la versión cantada por Laura Pausini. “Strada facendo”. “*A lo largo del camino verás que ya no estás solo...* me transmite realmente una grande energía: ¡fuerza, tú puedes! Mientras caminas tú también encontrarás un gancho en el medio del cielo... Sí, me da ánimo y una grande esperanza”.

Mientras caminaba Giulia conoció la historia de Chiara Luce Badano, que murió en 1990, a los dieciocho años, por un tumor óseo y fue proclamada beata el 25 de septiembre del 2010. Y sólo Dios sabe lo providencial que fue este encuentro: “Ella se murió, pero supo vivir esta experiencia con tanta luz y tanta alegría, abandonándose a la voluntad del Señor. Quiero aprender a seguirla, a hacer lo que ella logró hacer a pesar de su enfermedad. La enfermedad no la hizo alejarse del Señor, sino que la ayudó a acercarse a Él...”.

Pero ¿dónde está Dios?

¿Acercarse a Dios? ¿Pero cómo es eso? la enfermedad acosa, tu vida está cada vez más alterada, tu físico cada vez más debilitado ¿y tú te acercas a Dios en vez de gritarle toda tu rabia? En realidad Giulia en un cierto momento estuvo “muy enojada”. Peor aún: descendió a un abismo – el cristianísimo abismo – del *Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?* Cuenta: “Les repetía todo el tiempo a mis padres: ¿pero Dios dónde está? Ahora que estoy tan mal, que tengo tantas cargas, ¿Dios dónde está? Él, que dice que puedo rezar, que puede

hacer grandes milagros, que puede aliviar todos los dolores ¿por qué no me los quita? ¿Dónde está?”. Días dramáticos, de auténtica desesperación. Los médicos creían que era un obvio, predecible colapso emocional.

Pero Giulia buscaba otra respuesta y la encontró en Pádova. Había ido para hacer radioterapia y terminó yendo a la basílica de San Antonio, en busca de un poco de paz. A un cierto punto una señora absorta en oración, que Giulia no había visto nunca, le apoyó una mano sobre su mano enferma. “No me dijo nada, pero tenía una expresión en el rostro como si quisiera decirme: fuerzas, adelante, lo lograrás, Dios está contigo. Entré enojada, en lágrimas, en un estado miserable, salí de la basílica sonriendo, con la *alegría* de saber que Dios no me abandonó nunca. Estaba tan alterada por el dolor que no lograba sentirlo cerca de mí, pero en realidad creo que Él me estaba abrazando fortísimo. Tan fuerte que ya no podía más...”.

La *alegría*. Recuerden bien esta palabra, porque en esta increíble pero real historia parece la menos indicada y en cambio, al final, se convertirá en la palabra clave.

El amor por la Virgen María y la beata Chiara Luce Badano como modelo

Pero antes es necesario mencionar otra grande pasión de esta chica: la Virgen María, a la que abrazó de manera singular en su primer viaje a Medjugorje. Y después en su segundo viaje, que pidió como regalo por sus 14 años, y en el que la siguió un bus con 50 personas entre amigos y parientes. Un día, en el que contó su historia a decenas de adolescentes, y no volaba ni una mosca, explicó: “No hay palabra para describir Medjugorje: sólo puedo decirles que el amor de María es tan grande, es tan fuerte que estalla en oración, conversiones, amor hacia el prójimo”.

Claro está che la devoción mariana incluye otra pasión: la del Rosario, que Giulia reza todas las noches. ¿Inusual para una adolescente? Puede ser. Pero Giulia te sorprendería siempre. Siempre estaba un paso más

adelante. Y fue así que, justamente en las semanas de mayor sufrimiento, compuso de su puño y letra un “rosario de puro agradecimiento”. Decía: “en nuestras oraciones y letanías pedimos siempre algo para nosotros o para los demás. ¿Por qué nunca nos limitamos a decir “gracias”, sin pedir nada a cambio?”. Esta fórmula no existía. Ella la inventó y la escribió.

El examen con honores

Pero mientras tanto la chica normal deseaba muchísimo seguir haciendo las cosas normales de su edad. Por ejemplo el examen que todos los chicos italianos hacen al terminar el octavo año de escuela. Y encontrando quién sabe dónde las energías, acompañada por las profesoras de la escuela del hospital (que ella amaba



Estaba escribiendo un libro sobre su increíble historia

profundamente y que quería que fuera más conocida y valorada) y por las profes de su escuela Savoia, esa vez también lo logró. A pesar de los datos clínicos y de su pronóstico médico, según los cuales ya estaría muerta. En la prueba de lengua escribió un texto magistral, inspirado en el diario de un soldado en la guerra. En el oral, con toda la comisión de profesores reunida en la sala de su casa, expuso un trabajo sobre los horrores de las guerras y del Holocausto, y hasta una agudísima análisis del Guernica de Picasso. Todo esto unido por un hilo vibrante: la transposición de su sufrimiento.

Una exposición de media hora seguida, que se concluyó con una ovación excepcional, pero más apropiada que nunca. Resultado: 10 con honores. A su lado estaba su amiga del alma, que curiosamente – pero no casualmente según Giulia – también se llama Chiara. (“Es mi mejor amiga desde siempre, ella es todo para mí”).

Con la enfermedad crecía en ella la urgencia de dar testimonio a los jóvenes, sobre todo a aquellos que pretenden vivir sin Dios, “ocupados en una frenética búsqueda del tesoro, pero sin tesoro”. Eran días de oración intensísima, de sufrimientos ofrecidos a Dios especialmente por los no creyentes. Porque “todos tienen un Dios y Dios está para todos”. Así nace la idea hacer un vídeo de ella mientras cuenta su historia. Y lo logra una vez más: la entrevista pronto estará en dvd.

Por otro lado Giulia, hay que decirlo con cautela y sin énfasis, pero hay que decirlo, cambiaba a menudo a las (muchísimas) personas que conocía. El que entraba en su casa, en ese búnker de serenidad, pero también de discreción y hospitalidad, de su familia, - comenzando por su mamá Sara, su papá Antonio y el pequeño, formidable Davide (de 9 años) – entraba con una carga de angustia y salía mucho más liviano.

Giulia, por último, creía en los milagros. Pero las bendiciones las pedía para los demás, no para ella misma: especialmente para los niños enfermos que conoció en el hospital. Sólo al final, cuando su carga se hacía insostenible en algunos momentos y todas las armas de los superhéroes habían perdido potencia



El obispo invitó a la oración así: “dale, Señor, la eterna alegría...”

dramáticamente, comenzó a pedir para sí misma. Pero sólo “si es la voluntad del Señor”.

Ya saben cuál fue la voluntad del Señor. La mañana del 19 de agosto, en Madrid, el obispo Francesco, que había entrelazado un diálogo intenso y confidencial con ella, contó la historia de Giulia a los más de mil chicos de Bérgamo presentes en la JMJ. No sabía que se había agravado tanto. Luego, la noche del Vía Crucis, por la noche les llega la noticia que “había llegado al Señor”. El día siguiente, el sábado, celebró para ella la Misa con los jóvenes. Y el lunes por la mañana, volviendo de Madrid, algunas horas antes del funeral, absorbió en oración con la familia de Giulia, propuso “corregir” así la oración del eterno descanso: “Dale, Señor, la eterna *alegría*. Y la luz perpetua la alumbre. Descanse en paz. Amén”.

Con esta palabra, *alegría*, que de repente se volvió tan adecuada, termina (o comienza, quizás), la historia de Giulia Gabrieli, la chica enferma de tumor. Que se murió. Pero que lo logró. Y juzguen ustedes, creyentes o no, si todo esto no es un milagro.

■ FABIO FINAZZI

Copyright reserved©